

.....

12 de abril 1855¹.

Hemos bajado á Trípoli de Siria con el jeque y su tribu; doy á su hijo una pieza de seda para hacer un diyan; paso un día recorriendo las deliciosas cercanías de Trípoli; salimos para Berut por la ribera del mar; empleamos cinco días en embarcar nuestros bagages en el bergantín que he fletado, *la Sofa*; — preparativos para una vuelta por Egipto; — despedida de nuestros amigos Francos y Arabes; regalo varios caballos; hago partir seis de los mas hermosos á cargo de un picador árabe y de tres de mis mejores sais para que vayan, atravesando la Siria y la Carmania, á esperarme el 1^o de Julio en la orilla del golfo de Macri, frente por frente de la isla de Rodas, en el Asia-Menor. Al rayar el día, el 13 de abril de 1855, salimos de la casa donde Julia nos abrazó por última vez y nos dejó por el cielo! — ¡Cuántas veces he besado, con cuántas lágrimas he bañado el piso de su cuarto! Aquella casa era para mí como una reliquia consagrada; todavía la veia en ella por do quiera; allí veia sus

¹ Esta fecha está sin duda equivocada, pues el autor dice en la pág. 467 que se detuvo *algunos días* en el castillo de Edén. — N del T.

palomas, su caballo, su jardín, las dos hermosas niñas sirias que venian á jugar con ella!... Se levantan antes de amanecer, y vestidas con sus mas ricos atavíos, lloran y arrancan las flores de sus cabellos; les doy á cada una, para recuerdo de sus amigos estrangeros, á quienes ya no volverán á ver mas que en sus pensamientos, un collar de piezas de oro para el día de su boda; una de ellas, Anastasia, es la muger mas hermosa que he visto en Oriente. — El mar está como un espejo; las chalupas, cargadas de nuestros amigos que van á acompañarnos hasta el buque, siguen á la nuestra; damos la vela con una buena ventolina de este; las costas de Siria, ceñidas de sus franjas de arena, desaparecen con las copas de las palmeras; las blancas cimas del Líbano nos siguen largo tiempo sobre el mar; doblamos de noche, el cabo Carmelo; al rayar el alba, estamos á la altura de San Juan de Acre, en frente del golfo de Kaifá; la mar está hermosa y multitud de delfines saltan alrededor de nuestro buque; todo tiene una apariencia de fiesta y de alegría en la naturaleza y en las olas, alrededor de este buque que lleva unos corazones muertos á toda alegría y á toda serenidad: he pasado la noche sobre cubierta, ¿ en qué pensamientos? ¡Mi corazón lo sabe! Seguimos las costas bajas de la Galilea; Jafa brilla como un

peñasco de yeso en el horizonte, sobre una playa de arena blanca; nos dirigimos á ella; allí hacemos escala algunos dias: mi muger y aquellos de entre mis amigos que no pudieron acompañarme en mi viage á Jerusalem, no quieren pasar tan cerca del santo sepulcro sin ir á llevar á él algunos gemidos mas. Por la tarde refresca el viento, y echamos el ancla á las siete en la borrascosa rada de Jafa; la mar está demasiado picada para que podamos botar una lancha; al dia siguiente desembarcamos todos; disponen una caravana los señores Damiani, mis antiguos amigos, agentes de Francia en Jafa; se ponen en camino á las once para ir á hacer noche en Ramla: me quedo solo en casa de M. Damiani.

Paso cinco dias recorriendo solo los alrededores; los amigos árabes á quienes conocí en Jafa en mis dos primeros viages, me llevan á los jardines que tienen en las cercanías del pueblo; ya he descrito estos jardines; son unos profundos bosques de naranjos, de limoneros, de granados y de higueras, tan grandes como los nogales en Francia; el desierto de Gaza rodea por todas partes estos jardines: una familia de labradores árabes vive en una cabaña contigua; junto á ella hay una citerna ó un pozo, camellos, cabras, carneros, palomas y gallinas. El suelo está cubierto de naranjos y de limones dulces caidos

de los árboles; — se levanta una tienda en el borde de uno de los canales de regadio que fertilizan el terreno, sembrado de melones y de pepinos; — debajo se estienden alfombras; la tienda está abierta del lado del mar para recibir la brisa que sopla desde las diez de la mañana hasta la tarde, se perfuma pasando entre las copas de los naranjos y arrastra una lluvia de azahar. Desde allí se ven las puntas de los minaretes de Jafa y los bajeles que van y vienen del Asia Menor á Egipto. Así paso mis dias; escribo algunos versos sobre el único pensamiento que me ocupa: — quisiera quedarme aquí: — Jafa, pueblo separado de todo el universo, á la margen del gran desierto de Egipto, cuya arena forma blancos collados alrededor de estos bosques de naranjos, bajo un cielo siempre puro y tibio, seria una morada perfecta para un hombre cansado de la vida y que no desea mas que un rincón al sol. — La caravana vuelve enfín.

Pido á mi muger algunos pormenores sobre Belen y sobre los puntos circunvecinos que la peste me impidió visitar en mi primer viage: me los da y los inserto aquí.

« Al salir de los jardines de Jafa atravesamos á galope una inmensa llanura, cubierta entonces de cardos amarillos y morados. De trecho en tre-

cho, grandes rebaños que picaba un árabe á caballo, armado de una larga lanza, como en las Lagunas Pontinas, buscaban un raro sustento entre las yerbas que todavía no habia calcinado el sol enteramente. Mas lejos, á nuestra derecha, y como á la entrada del desierto de El-Arish, algunos montones de barro, cubiertos de yerba seca, se alzaban del suelo, como hacinas de heno amarilleadas por la tempestad antes de que haya podido recogerlas el cosechero: — aquello era una aldea.

« Cuando nos acercamos á ella, vimos una multitud de chiquillos en cueros salir, como Lapones, de aquellos pequeños conos volcados que formaban sus habitaciones; algunas mugeres, muy desgredadas, cubiertas apenas con una camisa azul, dejaban la lumbre que estaban encendiendo sobre dos piedras para preparar la comida, y subian á lo alto de su choza para vernos desfilas.

« Al cabo de cuatro horas de marcha llegamos á Ramla, donde nos aguardaba el agente del consulado sardo que tenia la bondad de prestarnos su casa; — las mugeres no podian hospedarse en el convento latino. Por la tarde visitamos una antigua torre, á medio cuarto de legua de la ciudad, llamada la torre de los cuarenta Mártires, ocupada ahora por los dervis giradores. — Era

un viernes, dia de ceremonia para su culto, y asistimos á ella. — Unos veinte dervis, vestidos de un largo ropon y de un gorro puntiagudo de fieltro blanco, estaban acurrucados en corro en un recinto rodeado de una barandilla; el que parecia ser el jefe, venerable anciano de larga barba blanca, estaba, por distincion, sentado sobre un cojin y dominaba á los otros. Una orquesta, compuesta de un *nahi* ó bajon, de un *shouhabé*, especie de clarinete, y de dos tamborcillos reunidos, llamados *nacariate*, tocaba los mas discordantes cantos para nuestros oidos europeos. Los dervis se levantan con gravedad uno á uno, pasan por delante del superior, le saludan, y empiezan á dar vueltas con los brazos estirados, y alzados los ojos al cielo. Su movimiento, pausado al principio, se va animando poco á poco, llega á una estremada rapidez y acaba por formar una especie de torbellino en que todo es confusion y deslumbramiento; mientras que la vista puede seguirlos, sus miradas parece que espresan una grande exaltacion, pero en breve ya no se distingue nada. No podré determinar el tiempo que duró aquel extraño vals, pero me pareció larguísimo. Poco á poco sin embargo iba disminuyendo el número de los que daban las tales vueltas; rendidos de cansancio se iban dejando caer uno despues de otro y quedaban en su primera actitud;

los últimos parecia que ponian gran persistencia en girar lo mas posible, y me daba lástima ver los esfuerzos que hacia un viejo dervis, jadeando y no pudiéndose tener al cabo de aquella dura prueba, para no ceder sino el último. Entretanto nuestros Arabes nos hablan de sus supersticiones; aseguran que un cristiano recitando continuamente el *credo*, obligaria al musulman á girar sin fin por efecto de un impulso irresistible hasta morir, que de ello habia muchos ejemplos, y que una vez habiendo descubierto los dervis al que empleaba este sortilegio, le obligaron á recitar el *credo* al revés, y destruyeron así el hechizo en el momento en que iba á espirar el que daba las vueltas; y nosotros hacemos tristes reflexiones sobre la flaqueza de la razon humana que busca á tientas, como el ciego, su senda hácia el cielo, y yerra tantas veces el camino. Estas raras extravagancias que degradan en cierto modo á la inteligencia humana, tenian sin embargo un fin digno de respeto y un noble principio. Aquello representaba al hombre queriendo honrar á Dios, — la imaginacion ansiando exaltarse por el movimiento físico, y llegar, como llega por medio del opio, á aquel aturdimiento divino, á aquel completo anonadamiento del sentimiento y del yo, que le permite creer que se ha abismado en la unidad infinita y que comunica con Dios! —

Era acaso una imitacion devota, en el origen, de los movimientos de los astros girando en torno del criador; era, acaso, un efecto de aquella misma inspiracion entusiasta y apasionada que hizo antiguamente á David bailar delante del arca del Señor. Algunos de nosotros hacian lo que la muger del rey profeta, y estaban tentados de burlarse de los dervis. ¡ Les parecian insensatos! como á hombres que ignorasen el fondo de nuestro culto podrian parecerles absurdas algunas observancias monacales, — la mendicidad de nuestros frailes, las maceraciones de ciertas órdenes ascéticas; pero por mas absurda que sea, á la primera ojeada de la razon, una práctica religiosa, una razon mas profunda y mas alta halla siempre algo que respetar en ella, — el motivo que la inspira. Nada de lo que se roza con la idea de Dios es ridículo; es á veces atroz, muchas veces insensato, pero siempre serio. La conciencia del dervis está en paz cuando ha llevado á cabo su piadoso vals, y cree que sus piruetas han honrado á la Divinidad; pero si no le miramos como ridículo, estamos á veces tentados de tenerle lástima, y no sé si tenemos mas derecho para lo uno que para lo otro. Nosotros mismos, ¿qué seria de nosotros sin las enseñanzas del cristianismo que han venido á iluminar nuestra razon? seria mas luminosa que la suya? Ahí está la historia

para responder. Se halla un Platon por millares de idólatras.

« Al salir de la torre, entramos en las galerías de un claustro arruinado, que conducen á una iglesia subterránea; bajamos por algunas gradas á una bóveda rebajada sostenida por una hermosa columnata. El aspecto de una iglesia subterránea me ha parecido siempre de un efecto imponente y patético al mismo tiempo: la oscuridad misteriosa, la soledad de aquellas silenciosas bóvedas trasportan la imaginación á los primeros tiempos del culto, cuando los cristianos se retiraban á profundas grutas para ocultar sus misterios á los ojos profanos, y sustraerse á la persecución. En Oriente, la mayor parte de estas iglesias parecen construidas para embellecer aquellos primitivos asilos, y adornar, con todo el lujo de la arquitectura, aquellos humildes retiros donde la fé se escondió largo tiempo, como para vengar, con una brillante reparación, las humillaciones y las injurias de la dominación pagana; pero el tiempo de las persecuciones debía renacer para los infelices cristianos, y el nombre de este monumento, *los cuarenta Mártires*, haría creer que sirvió de refugio á los fieles, sin poder protegerlos. Ahora está todo arruinado; las naves y las columnatas construidas por los emperadores no han inspirado mas respeto á los vencedo-

res que las humildes grutas de los primeros discípulos de la cruz; las bóvedas sirven de caballerizas y los claustros de cuarteles.

« Todavía se ven algunas sepulturas del tiempo de los cruzados, pero la noche nos impidió detenernos mas, pues teníamos que volvernos para disponer la caravana del día siguiente. El agá de Ramla nos dió una escolta, y recomendó á los *Cawas* en jefe que no se separasen de mí un momento en los desfiladeros de las montañas en que íbamos á entrar, y que para todo tomasen mis órdenes. El respeto de los musulmanes á las mugeres europeas forma un contraste singular con la dependencia en que tienen á las suyas: en efecto, quedamos contentísimos de la suma cortesía de aquel jenízaro. Siempre al lado de mi yegua, no comprendía como podía tenerme en equilibrio en los escarpados senderos que íbamos trepando; mas adelante nos fué muy útil, cuando encontramos, precisamente en aquellas gargantas, innumerables peregrinos que volyian de Jerusalem, que nos cerraban el paso; él los obligó á cedernos el sendero menos malo entre los peñones de granito y las raíces de los arbustos que ceñían el barranco y nos impedían rodar al precipicio; á no mediar su autoridad, hubieran ocurrido mil percances en aquel angosto y difícil paso.

« Al salir de Ramla, el camino continua por un llano durante dos leguas ; nos paramos en los Pozos de Job, pero como no llevábamos cántaros para sacar agua, y esta estaba muy baja, proseguimos nuestra marcha. Todo este pais conserva vestigios tan vivos de los tiempos bíblicos, que ninguna sorpresa, ninguna dificultad experimenta uno en admitir las tradiciones que dan el nombre de Jacob á un pozo que todavía existe, y se espera uno á ver al patriarca abreviar en él los rebaños de Raquel lejos de dudar de su identidad. Solo por la reflexion llega uno al asombro ó á la duda, cuando los cuatro mil años transcurridos y las diferentes fases por donde ha pasado la humanidad se presentan á la imaginacion y vienen á hacer titubear la fé ; por lo demas, en una llanura en que no se encuentra agua mas que de tres en tres ó de cuatro en cuatro horas, un pozo, un manantial ha debido ser un objeto tan importante en los siglos pasados como hoy, y su nombre ha podido conservarse tan religiosamente como el de las torres de David ó el de las cisternas de Salomon. Pronto entramos en las montañas de la Judea ; el camino es cada vez peor ; ya el borde de un precipicio no deja á los caballos mas que el espacio preciso para poner la planta ; ya las peñas rodadas y hacinadas en mitad del sendero forman una empinada escalera

que solo pueden subir los caballos árabes, pero, por malo que sea este camino, no presenta ningun peligro comparable á los de la subida del valle de Hamana.

« En lo alto de la primera cima, nos volvemos un instante para disfrutar de una vista magnífica sobre todo el pais que acabamos de recorrer hasta la playa mas allá de Jafa ; aunque todo estaba sereno al rededor nuestro, el horizonte del mar, rojo y cargado, anunciaba á un ojo esperto una próxima tempestad ; ya las olas agitaban los buques en la rada, y procuramos distinguir el nuestro, pensando en los que se han quedado á bordo. Mis tristes previsiones no eran infundadas ; al dia siguiente varios buques fueron arrojados á aquella peligrosa costa, y el nuestro, despues de haber garrado largo tiempo sobre el ancla, rompió su cable en medio de un espantoso vendabal. Despues de aquella breve parada, bajamos la vertiente de la montaña para subir otras nuevas, ya entre avenidas de piedras que ruedan bajo los pies de nuestros caballos, ya por el borde de una estrecha cornisa. Las costas, á derecha é izquierda, son á veces muy frondosas ; la brillante verdura de los fresales y de los durillos contrasta con el pálido color de los lentiscos y de los olivos. Muchas veces solo faltaba agua para que fuese el paisaje comple-

to; pero otro espectáculo de distinta naturaleza nos aguardaba. Una procesion de innumerables peregrinos de todas naciones, que volvian de Jerusalem, desfilaba en frente de nosotros, desde la cumbre de una pelada y árida montaña hasta la garganta donde nos hallábamos. Nada podria representar el pintoresco efecto de aquella escena. La variedad de los colores, de los trages, de las aposturas; desde el rico armenio hasta el mas pobre monge griego, todo contribuia á embellecerla. Despues de haber admirado el efecto general, pudimos á todo nuestro sabor examinar sus pormenores en las dos horas que tardamos en cruzarnos mutuamente: ya pasaba un patriarca griego, con su lujosa vestimenta, magestuosamente sentado en una silla de grana y oro, llevándole el caballo de la rienda dos sais, y seguido de una muchedumbre á pie, comitiva parecida á la marcha triunfal de un legado del papa en la edad media; — ya una pobre familia cuyo padre conducia con el báculo de peregrino un macho cargado de chiquillos; el mayor, montado en el pescuezo del animal, llevaba un cordel por brida y un cirio por estandarte. Otros niños, hacinados en canastos á modo de agauderas, mordiscaban algunos restos de pan bendito; la madre, pálida y estenuada, seguia á duras penas, dando el pecho al mas chiquito sus-

pendido de su cuello en una ancha faja; luego seguia una larga hilera de neófitos, cada uno de los cuales llevaba un enorme cirio pascual conforme al rito griego y salmodiando con acento nasal y monótono; — mas lejos, los judíos con turbantes colorados, con largas barbas negras, notables por sus ojos penetrantes y siniestros, parecia que maldecian interiormente un culto que los habia desheredado. ¿Porqué se hallaban entre aquella muchedumbre de cristianos? Unos se habian aprovechado de la caravana para ir á visitar la sepultura de David ó el valle de Tiberiade; otros habian especulado sobre el lucro probable suministrando víveres á la multitud. De cuando en cuando interrumpian la hilera pedestre algunos camellos cargados de inmensos fardos, y acompañados de sus camelleros vestidos al uso árabe, — ancho calzon pardo bordado de azul, y el *cafié* amarillo en la cabeza; — luego seguian las familias armenias; las mugeres tapadas con su gran velo blanco, viajaban en un *tactrewan*, especie de jaula colocada sobre dos machos; los hombres, con largos ropones de color oscuro, la cabeza cubierta con el gran *cal-pack* cuadrado de los habitantes de Esmirna, llevaban de la mano á sus hijos, cuyo aspecto grave, reflexivo, calculador, en nada deja traslucir la natural ligereza de la infancia; — multi-

tud de marineros griegos y de patrones de bajeles piratas, recién llegados de los puertos del Asia Menor y del Archipiélago, cargados de peregrinos, como un negrero de esclavos, juraban en su lengua enérgica y aceleraban la marcha para volver á embarcar cuanto antes su cargamento de hombres. Un niño enfermo iba en una litera, rodeado de su familia que lloraba su esperanza frustrada del milagro de la súbita cura que esperaban de su devota peregrinacion. — ¡Ah! yo también lloraba, y habia esperado é implorado á Dios como ellos; pero mas desgraciada que ellos todavía, no tenia ni aun la incertidumbre de mi desventura!...

« Al fin iba una muchedumbre de miserables coftos andrajosos, hombres, mugeres y niños, arrastrándose con trabajo cual si salieran de un hospital. Toda aquella turba, tostada por el sol, jadeando de sed, andaba lo mas aprisa que podia para alcanzar la caravana y no quedarse abandonada en los desfiladeros de las montañas. Vergüenza me daba verme á caballo, escoltada por jenízaros, acompañada por buenos amigos que me evitaban todo peligro, toda molestia, mientras que una fe tan viva habia arrastrado á millares de individuos á arrostrar fatigas, enfermedades, todo linage de privaciones. Aquellos eran verdaderos peregrinos; yo no era mas que una viagera.

« Entre aquella primera cordillera y las últimas montañas que dominan á Jerusalem, se hallan un gracioso valle y la aldea de Jeremías. Acabábamos de pasar por delante de la antigua iglesia griega que, como tantas otras, es ahora un establo, cuando vimos como hasta unos cincuenta árabes, dispuestos en anfiteatro en la ladera de la colina y sentados bajo hermosos olivos. En medio del corro, y sobre un cerro que dominaba los otros, estaba el gefe, el famoso Abugosh; en pie, á ambos lados de él, se veian su hermano y su hijo bien armados y fumando sus pipas; sus caballos, atados á los árboles detras de ellos, completaban el cuadro. Al llegar nuestra caravana, envié á su hijo á parlamentar con nuestro dragoman que caminaba á la cabeza, y cuando supo que la escolta conducia á Jerusalem á la muger del emir franco á quien habia conocido hacia seis meses, nos suplicó que nos detuviésemos y aceptásemos el café. Guardámonos muy bien de rehusar, y, habiendo distribuido á nuestros *cawas* y á nuestros camelleros las provisiones para la parada, nos dejamos conducir á una pequeña distancia del grupo de los Arabes. Allí, nuestra dignidad exigia que nos detuviésemos para esperar que ellos anduviesen la mitad del camino, y con efecto, Abugosh se puso en pie y se llegó á M. de Parseval. Despues

de habernos hecho mil cumplimientos y ofreciéndonos el café, me pidió una audiencia reservada. Hice que se retirasen los míos á cuatro pasos, y por medio de mi intérprete, supe que un hermano suyo se hallaba prisionero en poder de los Egipcios, y que creyendo que mi marido tenia un inmenso influjo en los consejos de Ibrahim-Bajá, me rogaba que solicitase su intervencion en su favor para que le pusiesen en libertad. Muy distantes estábamos seguramente de tener el crédito que nos suponía, pero la casualidad quiso que me fuese posible hacerle aquel servicio.

« Cuando llegamos junto á Jerusalem, interceptaba la vista de las murallas un gran campamento de tropas de Ibrahim-Bajá. Los centinelas se adelantan, nos examinan, hablan á nuestro dragoman, y nos abren paso por entre el campamento : pronto nos hallamos en frente de la tienda del general. Las cortinas levantadas nos le dejan ver, tendido en un divan de cachemira, rodeado de sus oficiales, unos de pié, otros sentados sobre alfombras de Persia ; sus vestidos de espléndidos colores, guarnecidos de ricas pieles y recamados de oro, sus brillantes armas, los esclavos negros que les presentaban el café en bandejas de plata, formaban para nosotros una escena vistosa y nueva. Al rededor de las tien-

das, los saís paseaban los mas hermosos caballos árabes, para que se secase la espuma de su reluciente pelo : otros sujetos con trabas, relinchaban de impaciencia, herian la tierra con el casco, y lanzaban miradas de fuego á un piquete de caballería pronto á partir. Las tropas egipcias, formadas de reclutas nuevos mezquinamente vestidos de colorado, medio á la europea, medio á la oriental, contrastaban con los Arabes cuyos trages eran hermosos y muy holgados. Y sin embargo, aquellos Egipcios pequeños, feillos y de mala facha marchaban de conquista en conquista, y hacian temblar al sultan hasta en las puertas de Constantinopla !

« Entramos en la ciudad santa por la puerta de Belén, torciendo inmediatamente á la izquierda para pasar al barrio donde está el convento latino. Como no se recibe en él á las mugeres, tomamos posesion de una casa generalmente desocupada, pero que sirve para alojar á los extranjeros cuando está ya lleno el convento de los padres de la Tierra-Santa. Tendemos nuestros colchones sobre unos bancos dispuestos para este efecto, esperando descansar de las emociones del dia y hallar fuerzas para soportar otras nuevas y mas palpitantes todavía ; pero asaltados por millares de insectos, de mosquitos, de pulgas, de chinches, que sin duda carecian de sus-